

## ACTO PRIMERO

Habitación del Sr. Heineke. Muebles humildes muy viejos que contrastan con algunos muy ricos, entre éstos dos sillones forrados de seda, que estarán cubiertos con fundas de tela. Gran espejo con marco dorado, colocado en una pared. Dos consolas. Algunos objetos de uso doméstico; una taza, botella, etc. A la derecha del actor una mesa preparada para tomar café. A la izquierda, al fondo, una mesa larga para trabajos de cartonería, con vaso, brocha y cola. Diversos cartones acabados y uno para colgarlo en la pared. Puertas laterales y grande ventana al fondo, casi en medio, cerrada con vidrios transparentes, á través de los cuales, corriendo la cortina, se ve la casa de *los patronos*.

### ESCENA PRIMERA.

La señora HEINEKE y la señora HEBENSTREIT. La primera ocupada en dar órdenes á la criada.—La segunda entra por la izquierda.

*Heb.* ¿Conque es cierto? Ha llegado el hijo de usted.....

*Hein.* ¡Chist ... por favor! Está durmiendo.

*Heb.* ¿Ahí....? (señalando la primera puerta derecha) ¿En el cuarto de Alma?

*Hein.* Es claro. ¡Ay, yo no sé de veras lo que me pasa con tanta alegría. La cabeza me da vueltas. (Se deja caer sobre un banquillo).

*Heb.* ¿Y lo saben ya en casa de los señores?

*Hein.* Naturalmente: Era de mi deber avisárselos. Son los patronos, y hoy iré á hacerles *su primera visita*, como dicen ellos.

*Heb.* ¿Y cuánto tiempo ha estado lejos de aquí?

*Hein.* (Contando para acordarse) Siete..... ocho..... nueve años y medio..... ¡Cuánto tiempo de no ver á mi hijito querido! (Llora.)

*Heb.* ¿Y lo reconoció usted desde luego?

*Hein.* ¡Quiá! Ni por pienso. Ayer noche, como á las ocho, Heinke, mi marido, cabeceaba leyendo el periódico y yo estaba aquí sentada recosiendo los encajes á la basquiña de Alma—porque no puede usted imaginarse cuánta ropa blanca usa esa chiquilla. (marcado) En aquel momento llaman á la puerta y entra un hombre..... pero ¿qué digo un hombre?..... Un señor! Un señorón! Con una pelliza rica..... rica..... de castor..... de cason..... de castor..... ¡Oh! mírela usted, aquí está, venga, toque este pelo .. ¡qué cosa tan suave!.... Yo creía más bien que aquel señor era alguna de las relaciones elegantes de Alma.... uno de los señores amigos de nuestro patroncito Carlos.

*Heb.* (Con malicia) Ah!

*Hein.* Porque esos señoritos no son nada soberbios.... y no se avergüenzan de venir alguna vez á casa de estas pobres gentes.—Mientras yo me figuraba estas cosas, ya él había tirado al suelo la pelliza y el sombrero....—un sombrero elegantísimo....—al suelo, como se lo estoy contando á usted; y se había hincado luego delante de mí.... Creí que iba á sucederme algo, pero cuando empezó á gritar: “¡madre, padre! ¿no me reconocen ustedes? Soy yo, Roberto, su hijo Roberto!” Oh! señora Hebenstreit! ¡qué

- dichoso momento! ¿Cómo pude resistir esa emoción! (Llora)
- Heb.* Vamos, vecina, cálmese. Esa alegría pasará pronto. Ya sabe usted que todo ratón tiene una cabeza y una cola... y la cola está las más veces llena de veneno.
- Hein.* ¿Qué está usted diciendo? Mi hijo es un joven muy bueno; un caballero completo.
- Heb.* Demasiado caballero, señora Heineke. Cuando se ha estado en tantos países y se ha descansado sobre raso y terciopelo.
- Hein.* (Indicando los sillones) ¡También puede hacerlo aquí, señora mía!
- Heb.* (Con un guiño) Eh..... eh..... Veremos si querrá hacerlo.
- Hein.* Querrá, señora, querrá! Una madre no conoce aristocracias ni rangos..... Pero ¡Jesús mío! Me estoy aquí charlando y no sé donde diantre estará mi viejo Heineke..... ¿Usted no ha visto á mi marido? Cuando se sale á vagabundear con aquella pierna mala.
- Heb.* Hace un rato estaba en el patio, con un cartón en la mano, puesto al sol, según decía, para secarlo.
- Hein.* Dejémosle hacer su gusto; ¡pobre viejo! Toda la noche ha estado trabajando en esa tontería. Ya no nos cabía el gusto en el cuerpo.

## ESCENA II.

Dichas y el VIEJO HEINEKE.

- Viej.* (Cojea, llevando en la mano una muestra de cartón con letras hechas á mano). ¡Viva, viva, ya está aquí hecho!
- Hein.* Sí, ya está hecho!..... pero no grites.

- Viej.* (En voz baja, dándose importancia al leer el cartelón), "Bien venido, hijo querido, á la casa de tu padre." Magnífico, eh?
- Heb.* ¡Parece un blanco para el tiro!
- Viej.* ¡Sí, y el centro del blanco el corazón paternal! ¡Malignal!
- Hein.* (Interrumpiéndolo). Deja... y arréglate la corbata. (A Hebers.) Ya sabe usted cómo es, vecina. (El viejo sube sobre una silla, con un martillo y un clavo para fijar el cartel en la pared.)
- Heb.* El señor hijo no habrá aprendido por cierto la educación y la aristocracia en sus maneras. (Señalando al viejo).
- Hein.* Ni en las mías tampoco. Pero hace como diez y siete años que *el* del palacio, que era ya nuestro patrono, había ganado su pleito, y con ese motivo hubo gran fiesta en la fábrica. Carruajes, fuegos de artificio, músicas y demás; cerveza á todo pasto para el personal de la fábrica. Entonces mi marido, que había bebido mucho... (A su marido) Oye, no claves tanto... (Continuando) como que no costaba nada... Pues bien, cuando los coches iban á partir... ¡patatracl!... se cayó junto á las ruedas y se rompió un brazo y una pierna.
- Viej.* [Que sigue clavando] ¿Hablas de mí? Ah, sí, no fué poca cosa aquello. [Silba].
- Hein.* ¡No silbes!... Los amos lo vieron... se informaron del caído... preguntaron la condición de nuestra familia, y como en aquellos momentos de alegría por la propiedad ganada, tenían la mano abierta, prometieron desde luego atender á nuestras necesidades y hacer educar á nuestro Roberto á expensas de ellos mismos.

Heb. ¿Y han cumplido?

Viej. ¡Oh! Canallas... [*Hacia la ventana. Después sigue trabajando.*]

Hein. Sí. En cuanto á nosotros, nos han puesto en esta casita del solar, donde, gracias á Dios, estamos todavía... y mi Roberto fué enviado á un colegio donde le han enseñado los buenos modos y como quien dice, la educación; y cuando venía á casa, en vacaciones, lo invitaban de allá, tratándolo como compañero de juegos de la patroncita; porque el señorito Carlos todavía estaba mandando.

Heb. Ya; si hubiera estado más grande, habría preferido á Alma!

Hein. [*En voz baja.*] ¿Qué dice?...

Heb. Nada...

Hein. Más tarde lo mandaron á Hamburgo para que aprendiera el comercio del extranjero, ¿entiende usted? y cuando llegó á los diez y nueve años, ¡en marcha! un viaje de un tirón hasta el fondo de las Indias, donde me dicen que hace un calor infernal. Allá tiene el Comendador un sobrino, hijo de su hermano, que cuida las cosechas del café y del té.

Viej. Que allá crecen como las patatas en nuestra tierra... [*Baja de la silla viendo el cuadro.*] Magnífico, ¿eh?

Hein. Y mi hijo fué á ayudarle. Pero gracias á Dios, ahora ya ha vuelto... Pero yo estoy aquí todavía...

Heb. Yo me voy... Adiós, y no olvidar que el veneno está en la cola del ratón. [*Aparte al irse.*] ¡Qué familiucha! [*Se va.*]

Viej. Y ella viene á ser un hongo venenoso. [*Por la Hebens.*]

Hein. Envidia, mi querido viejo ... envidia!

Viej. [*Viendo sobre la mesa una torta.*] ¡Diablo! ¿Dónde has hallado esta torta?

Hein. Me la trajo la cocinera con un recado de la señorita.

Viej. [*Volviéndose.*] Todo lo que viene del palacio no me gusta nada. [*Comiéndose un pedazo de la torta.*] Pero creo que nuestro señor hijo ya podía despertarse. En la fábrica no tardan en llamar para el almuerzo. [*Viendo complacido el cartelón.*] Bien venido, querido...

Hein. (*Arranque de alegría.*) ¡El está aquí, con nosotros!

Viej. ¿Quién?

Hein. Toma..... nuestro hijo.

Viej. (*Indicando el cartelón.*) Eso ya lo sabíamos.

Hein. ¡Chissst! Siento ruido allí dentro. (*Escuchando.*) Sí, es él, que se pone las botas... y que entrará pronto por esa puerta...

Viej. Entonces ya no diré más que: "Bien venido, querido..." Creo que le habrás puesto junto al lavamanos un trozo de jabón fino francés, del de nuestra hija Alma.

Hein. Cuántas veces he dicho para mí: quién sabe si también en la India tendrá una buena cama y si todavía no se lo habrán comido vivo los salvajes. Y ahora, así, de repente, lo tenemos aquí..... ¡Querido mío!..... Pero oye, no sigas comiéndote el acitrón de la torta. (*La retira.*)

Viej. ¡Eh! ¡Eh! ¿Y si me gusta?

Hein. Chist. El viene..... La cinta del cuello se te sale otra vez; acomódatela; es cosa de dar vergüenza contigo. (*Levanta la cubierta de los sillones.*) ¡Dios mío, qué trabajo!

ESCENA III

DICHOS, ROBERTO.

- Rob.* (*Yendo rápido hacia sus padres que están cohibidos.*) Buenos días, padre; buenos días, madre. (*Abraza á su madre y le besa respetuosamente la mano.*) Siento una dicha verdaderamente sobrehumana.
- Viej.* Bien venido, querido..... [*Al acercarse Roberto á besarle la mano, se la limpia rápidamente en el pantalón.*] ¿Quieres besarme la mano?
- Rob.* Ciertamente, si usted quiere dárme la. (*El viejo le da la mano.*)
- Viej.* Se ve desde luego lo que es un buen hijo.
- Rob.* (*Viendo en derredor.*) Conque estoy aquí... ¿Pero es verdad? No puedo aún convencerme. ¿Será posible que no esté soñando, como otras veces? Cuán doloroso sería eso... ¡Ah! la nostalgia... la nostalgia... Figúrense ustedes; de noche, solo en un rincón obscuro... Se piensa... se piensa... y todo aquello que se ha dejado viene á rodearnos: la madre, el padre... el solar, el jardín, la fábrica... Después, repentinamente se apercibe uno de que sobre su cabeza se extiende un ramo de palmera largo, largo; y á lo lejos se oye gritar un papagayo que nos vuelve á la realidad diciéndonos que estamos allá, solitarios, en el otro extremo del mundo... Brrr ...
- Viej.* ¿Un papagayo? Pero todo eso debe ser muy agradable. Esa es una diversión que aquí sólo los ricos pueden tener.
- Rob.* ¡Oh! Si supieran ustedes cómo he sufrido durante los últimos años, y hasta en mi viaje de regreso, por no estar seguro de ha-

llarlo aquí todo como me lo había figurado en mis deseos...

- Viej.* ¿Y por qué no?
- Rob.* Había allá uno....—un verdadero amigo, eso sí, el más bueno de mis amigos,—que intentaba debilitar mi esperanza. “Tú has venido á ser extranjero para ellos, me decía, y no conviene querer pegar con goma lo que las circunstancias, la suerte ó que sé yo, ha dividido hace tiempo...” Entonces, verdaderamente, casi he sentido miedo de él, de ustedes, de mí ... Y bien; loado sea Dios, era un miedo que hoy no existe ya; todo se ha realizado. Hé aquí lo que durante diez años había visto en sueños. Hé aquí á mi padre, á mi madre, buenos y sencillos; [*Tiernamente*] un poco envejecidos, es verdad, pero... [*Alzando los brazos*] ¿de qué servirán entonces estos dos brazos jóvenes y robustos?... Ya verán ustedes cómo han aprendido á trabajar y á hacer oro!....— Y mis hermanas estarán también aquí dentro de poco ..—¡Oh! aquí está también el vaso de pegamento del papá [*Conmóvido ve un cuadrado en una pared*]. Aquí está mi fé de bautismo puesta en marco... [*Oyendo.*] y la máquina de vapor de la fábrica, que me repite aún su grato rumor.
- Hein.* No habrás cerrado los ojos á causa de esa bendita máquina que hace la charlatana hasta de noche.
- Rob.* Más dulce canto para arrullarme, nadie me ha entonado; estaba ya medio dormido y repetía para mí: sopla, machaca, vieja bestia, siempre lista para la tarea; al cabo, por más que te esfuerces no podrás hacer por los intereses de la casa Mülling más que yo

que estoy aquí tendido en mi cama, oyéndote. Porque en mí tienes una palanca con la que se debe contar! ¿No es éste un soberbio pensamiento? Entonces mi corazón se ha ensanchado hacia mis bienhechores.

Viej. ¡Hum!... (*Rascándose la cabeza.*)

Rob. ¿Decía ud?

Viej. ¿Yo?... No... nada.

Rob. Y me he jurado á mí mismo venir á servirles hasta el último aliento.

Viej. Pues me parece que tú . . . . . ¡cuerpo del diablo! . . . . has hecho bastante por ellos.

Hein. Te has matado, desollado por ellos durante diez años.

Rob. Oh! no tanto, al fin, madre mía! Pero no hablemos más de esto; se los ruego. La casa Mülling me ha proporcionado cada día nuevos motivos de gratitud: las cartas que el Comendador, y sobre todo su hijo Carlos que hoy es ya socio, me han escrito, bien pueden llamarse cartas de amigos.

Viej. Carlos... á la *bonne heure*, es un joven generoso, pero por lo demás, ya veremos. Cada cual obra como quien es, como dicen por ahí. ¡Si querrás enseñarme á conocer esta canalla! (*Roberto contiene una réplica y se vuelve con extrañeza.*) Pero, oye, Robertino mío, mira en derredor, no ves nada? (*A su esposa.*) No ha visto nada, ¿eh? nada... (*Indicando el cartelón.*)

Hein. Deja un poco tus necesidades!

Viej. Necesidades, ¿eh? Le doy la bienvenida á mi hijo querido, á la casa paterna, y tú llamas á esto necesidades! (*Llevando á Roberto hacia el cartelón.*) ¿Eh? te quedas asombrado ¿verdad?

Rob. ¿Y lo has hecho tú, con tu brazo malo?

Viej. ¡Bah! y hago otras muchas cosas. Si algunas veces, aunque pobre estropeado, no me moviera yo, quién sabe desde cuando estaría muerta de hambre nuestra bendita familia. . . Pero ¿qué haces tú ahí mano sobre mano, vieja?... ¿y el café?

Hein. ¡Eh... eh! . . .

Rob. (*Corriendo hacia ella*) ¡Madre mía! De seguro él no ha creído ofenderte.

Hein. ¡Ofenderme! Si es que habla así sólo por darte á entender que sabe mandar. [*Vase puerta derecha. Pausa general.*]

Rob. (*Después de un momento de silencio, tratando de vencer su penosa impresión.*) Y tú, padre, ¿sigues pegando siempre estos cartones?

Viej. Sin un momento de descanso.

Rob. ¿Y el brazo te lo permite?

Viej. ¿El brazo, eh? ¡El brazo! ¿Quieres ver cómo me las compongo? Primero el cartón, así. Luego el palillo, así. [*Con gran destreza encola el cartón, asegurándolo con el codo del brazo izquierdo.*] ¿Eh? ¿Quién lo hace mejor que este pobre estropeado?

Rob. Eres un mago. (*Acariciándolo.*)

Viej. ¡Algo más que mago! Bien lo sé. Pero ¿quién lo reconoce? ¿quién me aprecia? Ninguno. ¿De dónde ha de venir el respeto por parte de mi señora familia, si la madre da tan mal ejemplo?

Rob. [*Disgustado.*] ¡Padre!

Viej. ¡Ah, sí; tú estás lejos del fuego! Desde lejos todo cambia de aspecto. Allá se dice; cara mamaita; hermanita adorada! Pero si vieras todo lo que yo tengo que aguantar. . . No me dan ni siquiera diez *fenics* para el tranvía cuando quiero ir á tomar un vaso de cerveza á la ciudad.

- Rob.* Padre, ¿estás seguro de no tratarla con injusticia? Qué, ¿no te ha cuidado siempre como á las niñas de sus ojos?
- Viej.* ¡Oh, Dios mío! No creo haber dicho nada contra ella... Pero silencio... aquí viene...

ESCENA IV.

DICHOS y la SEÑORA HEINEKE.

- Hein.* [Con la cafetera.] Siéntate, Robertino mío. [Al ver que va á sentarse en una silla.] No. [Sacude con la funda el sillón.] En el sillón. Un gran señor como tú no debe sentarse sino sobre seda.
- Rob.* ¡Oh, qué lujo!
- Hein.* Sí... y esta otra es igual... mira, tenemos dos. (Le enseña el espejo.) Y éste ¿ya lo viste? El marco está dorado á fuego y el cristal es de una pieza. El marido de Gigia dice que vale, cuando menos, doscientos marcos.
- Rob.* ¿Y de dónde viene todo esto?
- Viej.* Del hijo del Comendador.
- Rob.* Él hace á ustedes semejantes regalos?
- Viej.* Eso es.
- Hein.* (Bejo.) Chist. ¿No sabes que el señor Carlos no quiere que se le nombre? (Alto.) Sí, por Navidad nos mandó el espejo, y por Pascua los sillones. [El viejo sigue pellizcando la torta.] Pero, oye, no la pellizques toda...
- Rob.* ¡Francamente, esa especie de generosidad no me agrada!
- Hein.* (Sirviendo el café.) Sí, es verdad que para muchos de nuestra clase estas cosas tan fi-

- nas no convienen, pero cuando se reciben visitas elegantes y se tiene un hijo señor como tú, y una hija tan llena de talento.....
- Rob.* ¿Alma?
- Viej.* Seguramente. Hemos hecho por nuestra hija menor cuanto estaba de nuestra parte.
- Hein.* Y luego, tú siempre has mandado bastante.
- Rob.* Para que pudiera frecuentar un buen colegio, aprender á llevar los registros de un negocio y hacerse modista. En eso habíamos quedado.
- Hein.* ¡Ah! sí, primero.
- Rob.* Y ahora ¿no se ocupa de ello?
- Hein.* No: hace seis meses.
- Rob.* ¿Y qué hace ahora?
- Hein.* [Con énfasis.] ¡Estudia el canto!
- Rob.* Ignoraba que Alma tuviese disposiciones, talento para la música.
- Viej.* ¡Talentazo! (Beben todos café.)
- Hein.* Ha ido á que la examinara una cantante española que se llama... Señorita... ó una cosa así; y ésta le dijo que tiene una voz como no se ha oído, y que ella se empeñaba en darle lecciones gratis.
- Rob.* Pero ¿por qué no me habían noticiado nada de esto?
- Hein.* ¡Jesús mío! La ardiente India está tan lejos, y se olvidan tantas cosas... Además, queríamos darte una sorpresa.
- Rob.* (Se levanta y pasea agitado.) Supongo que Gigia la vigilará.
- Hein.* ¡Naturalmente! No le quita ojo de encima. Alma come con ella, estudia con ella, y si en la noche se le pasa la hora y pierde el tranvía, duerme también en casa de Gigia, como sucedió precisamente anoche.

- Rob.* Y cuando pasa fuera la noche, ¿no están ustedes con cuidado?
- Viej.* (*Marcado.*) ¿Por qué? Es ya bastante grande...
- Hein.* Desde el momento en que sabemos que está con su hermana... —Por lo demás ya podría estar aquí, porque con el carrito de la leche le mandamos esta mañana una carta..... ¡qué gusto va á tener!
- Rob.* ¿Y Gigia es feliz con su esposo?
- Hein.* Según se considere. El bebe un poco y creo que de buenagana trabajaría menos; pero....
- Viej.* Pero sabe meter bulla y armar gresca con todos.....eso es lo que sabe hacer.
- Hein.* (*Mirando por la ventana, tras la cual se ven pasar.*) ¡Ah! Aquí está Gigia.....y trajo también á su marido.
- Rob.* ¡Cómo! ¿Alma no viene con ellos?

ESCENA V.

DICHOS, GIGIA Y MICALSKI.

- Gigia* (*Entrando y más bien con frialdad, como si ya lo hubiese visto.*) ¡Ah, deveras estás ya aquí! (*Se besan*) ¡Conque te han soplado siempre buenos vientos, ¿eh? .. No, y eso no hay que preguntarlo cuando te ve uno con vestidos tan aristocráticos. Aunque también es cierto que no es oro todo lo que reluce.— Aquí tienes á mi marido.
- Rob.* Caro cuñado. (*Le tiende la mano.*) deme usted su mano.
- Mic.* (*Rudamente.*) Grande honra para mí; no siempre puede jactarse de ella una mano encallecida.
- Rob.* Querido cuñado; esas no son palabras fraternales. (*A Gigia.*) ¿Y Alma, dónde está?

- Gigia* Nuestra princesa no creyó estar bastante hermosa para presentarse al hermano extranjero. Su alteza ha querido antes ir á que le rizaran el pelo de la frente. (*Roberto queda sorprendido.*) Creo que llegará en el próximo tren. ¿Pero de dónde viene esta torta? (*Heineke ofrece. Los esposos comen.*)
- Hein.* Come también un poquito, Roberto. (*Roberto rehusa; todos los demás comen. Pausa.*)
- Viej.* Bueno, Micalski, ¿qué dices de eso? (*Señalando el cartelón.*) Bien venido, querido hijo...
- Mic.* Bufonadas.
- Rob.* (*Sorprendido.*) ¡Cuñado!
- Viej.* ¡Cómo! Lo que yo he hecho con este corazón paternal y con este brazo inválido!... (*Roberto trata de consolarlo*)
- Mic.* Yo soy un hombre sencillo y llamo al pan pan. No gusto de esas estúpidas comedias. El que tiene que trabajar por maldición como nosotros, porque el hambre ó la vara nos persiguen siempre.....
- Viej.* Sobre todo, cuando va uno á vagabundear á las once del día ó á comerse las tortas. (*Van á armar pendencia.*)
- Gigia* Ya están riñendo los dos otra vez. (*A su esposo.*) No puedes dejarlo en paz; parece que noves que está volviendo á la primera edad.
- Viej.* ¡Yo á la primera edad! (*A Roberto.*) ¿Lo ves? Así me tratan siempre mis queridas hijas.
- Rob.* (*Bajo á Gigia.*) Perdóname, hermana, pero no creí que pudieran decirse tales cosas á nuestro propio padre.
- Gigia* ¿Qué cosas? (*Llaman á la puerta y entra Guillermo, de librea, con un ramillete de flores y con aire amistoso, pero como de protección.*)

ESCENA VI.

DICHOS, GUILLERMO.

Todos [*Menos Roberto.*] ¡Guillermo! Buenos días Guillermo! [*El viejo y Micalski le estrechan la mano.*]

Hein. ¿Para quién es ese magnífico ramo? Lo llevará usted á la ciudad...

Guill. No tal; lo traigo aquí. (*A Roberto.*) ¿Es usted el señor Roberto? (*Roberto hace señal afirmativa. El criado familiarmente.*) Tengo un verdadero placer en conocerlo personalmente. [*Le alarga la mano.*]

Rob. (*Sonriendo, sin darle la suya.*) Es usted muy amable.

Guill. Los señores mandan á usted la bien venida yestas flores, escogidas entre las más lindas del invernadero. Pero en confianza, la ha tomado más grande interés...

Rob. (*Ocultando la emoción*) ¿Trae usted encargo de comunicarme esas cosas?

Guill. ¡Oh! eso... no, por cierto.

Rob. Entonces no siga usted. (*El criado va á salir.*)

Hein. ¿No quiere probar con nosotros un poco de la torta, Guillermo? Todavía hay aquí algo.

Rob. Perdona, mamá. (*Dando dinero al criado.*) Este hombre tiene ya su paga. (*Al criado.*) Diga vd. al Sr. Comendador que le ruego me dispense la honra de recibirme á las dos, en compañía del conde Trast Sarberg. Puede vd. retirarse. (*Vase Guillermo un poco mortificado.*)

Hein. ¿Un conde? y ¿qué conde?

Rob. Un amigo mío, madre, á quien debo mucha gratitud.

Gigia (*Bajo á su esposo.*) ¿Oyes? Pretende tener un amigo conde.

Mic. (*Bajo á su esposa*) ¡Y con eso se figura darse importancia!

Hein. Déjame poner el ramo en agua. (*Lo pone en una especie de bote de barro que está sobre la mesa de trabajo.*) Pero oye, Roberto mío, no debiste tratar tan mal á Guillermo..... es un amigo para nosotros

Gigia Nosotros, gente del pueblo, no podemos tener condes por amigos.

Mic. Tenemos que contentarnos con la servidumbre.

Hein. Sí, porque, mira: con Guillermo es conveniente que también tú te pongas en buena armonía. ¡Hazlo por nosotros! Porque nosotros sacamos de él varias ventajas. ¡Cuántos buenos trozos de asado se ha traído por acá de tapadillo!...

Rob. ¡Y tú has aceptado, madre!

Hein. ¿Por qué no? Somos gentes pobres, hijo mío, y debemos siempre estar contentos cuando nos dan algo, sea lo que fuere.

Rob. ¡Madre! Redoblaré mis fuerzas; daré á ustedes cuanto pueda, hasta quitándomelo de la boca; pero has de prometerme no volver á aceptar nada de ese criado.

Hein. Eso sería soberbia y despilfarro! Un buen regalo nadie debe rehusarlo.—No, y para tí también era buena su intención, al contarte la historia de la patroncita... Con ella, ¿sabes? tenía yo también que hacer. Siempre que me veía fuera me preguntaba por tí: que cómo podías soportar el calor de aquellas tierras... y cosas por ese estilo... y se me quedaba viendo con aquellos ojos tan dulces!—Hijo mío, si tú fueras prudente...